

Relación y transindividualidad en el pensamiento de Gilbert Simondon.

Alvaro y Daniel.

Cita:

Alvaro y Daniel (2014). *Relación y transindividualidad en el pensamiento de Gilbert Simondon. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-099/80>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCvm/p4q>

(Versión preliminar. Por favor, no citar.)

Relación y transindividualidad en el pensamiento de Gilbert Simondon

Daniel Alvaro (CONICET/IIGG-UBA/Paris 8)

danielalvaro@gmail.com

Gilbert Simondon (1924-1989) fue un pensador de origen francés que concibió el grueso de su obra durante las décadas de 1950 y 1960 y dedicó buena parte de su vida a la investigación y la docencia en diferentes campos del conocimiento, incluidos la filosofía de la técnica, la ontología, la estética, la psicología y las ciencias sociales. Obtuvo su diploma en filosofía en la Ecole Normale Supérieure de París, donde siguió cursos de Maurice Merleau-Ponty, Jean Hyppolite y Jean Wahl, entre otros. En vida publicó dos libros: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, cuya primera parte fue publicada en 1964 y la segunda en 1989, y *El modo de existencia de los objetos técnicos*, publicado en 1958. Las tesis contenidas en estos libros tuvieron una influencia temprana en Gilles Deleuze, quien fue durante décadas uno de los pocos filósofos en reconocer la importancia de los aportes de Simondon, y, mucho más recientemente, en una gran variedad de autores, entre ellos, Bernard Stiegler, Etienne Balibar, Roberto Esposito, Paolo Virno y Bruno Latour. Si bien sus investigaciones fueron bien recibidas desde el comienzo, el reconocimiento efectivo de las mismas —tanto en Francia como en el resto del mundo— datan de fecha reciente. Hasta hace apenas dos décadas Simondon era un autor poco conocido en el mundo de las humanidades y sus publicaciones eran prácticamente inhallables. En la actualidad la situación es muy diferente. La revalorización del autor desde mediados de la década de 1990 se hace patente por la reedición de sus libros y la publicación de buena parte de sus cursos y artículos, muchos de ellos hasta ahora inéditos, y por la atención que su obra genera entre los investigadores contemporáneos de las áreas más diversas.

El pensamiento de Simondon no sólo se encuentra vigente sino que resulta de una actualidad sorprendente. Los problemas que aborda —desde la pregunta por la realidad de los objetos técnicos hasta la pregunta por la realidad del individuo pasando por la pregunta sobre la realidad humana—

y la manera particular en que lo hace —revolucionando los paradigmas existentes de muchas de las disciplinas entre las que se mueve—, lo convierten en un autor de referencia para pensar los problemas del presente desde una perspectiva transformadora en términos epistemológicos, y a la vez múltiple y heterogénea en términos disciplinares.

Esta ponencia no pretende ser una síntesis del pensamiento de Simondon. El objetivo que me propongo aquí es ofrecer un acercamiento a los conceptos de *transindividualidad* y *relación* tal como aparecen desarrollados en el libro *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*.

Para comenzar, conviene tener en cuenta que el término “transindividual” es un neologismo bastante reciente y que no es una invención de Simondon. A comienzos de 1950 la palabra había sido utilizada por el filósofo francés Raymond Ruyer, cuya obra no era desconocida por Simondon. Por la misma época también había sido utilizada por Jacques Lacan en el “Discurso de Roma”. Aunque hay que destacar que el término ya es localizable en la transcripción del famoso curso sobre Hegel impartido por Alexandre Kojève en la década de 1930. En cualquier caso, la utilización que hace Simondon de esta palabra en *La individuación...* y en otros textos suyos se distingue claramente de los usos anteriores.

En su acepción más simple y general lo transindividual puede definirse como aquello que “hace que los individuos existan juntos”, lo que los “hace coincidir”, lo que los “hace comunicar [...] a través de las significaciones”.¹ En efecto, esta definición es la más sencilla de todas las que nos ofrece Simondon a lo largo de su libro. Podemos contentarnos con ella a condición de saber qué entiende Simondon por individuo. He aquí, pues, el meollo de la cuestión. Tanto el concepto de transindividualidad como el de relación ocupan un lugar central en su teoría de la individuación, la cual parte de una crítica radical a las maneras tradicionales de abordar la realidad individual. En consecuencia, para comprender estos conceptos es forzoso comenzar por preguntarse qué es un individuo para Simondon.

Los planteos clásicos parten del “individuo constituido y dado”, parten de la “constatación de la existencia de individuos”, lo que equivale a dar por supuesto precisamente aquello que hay que

¹ *La individuación...*, trad. P. Ires, Buenos Aires, Cactus / La Cebra, 2009, p. 450.

explicar. Simondon comienza su libro identificando y describiendo las dos maneras tradicionales de abordar la realidad individual. Explica que hay “una vía sustancialista, que considera el ser como consistente en su unidad, dado a sí mismo, fundado sobre sí mismo, inengendrado, resistente a lo que no es él mismo, y una vía hilemórfica, que considera al individuo como engendrado por el encuentro de una forma y de una materia”.² Más allá de las importantes diferencias entre estas dos vías, ambas coinciden en el hecho de que parten del principio de individuación, de un término único y primero, en el cual ya se encontraría prefigurado todo el individuo. En ambos casos, afirma, se “*concede un privilegio ontológico al individuo constituido*”. Como consecuencia de este privilegio lo que queda postergado, y muchas veces negado o denegado, tanto en la explicación sustancialista como en la explicación hilemórfica es, justamente, eso mismo que debería ser explicado, a saber, la operación de individuación.

Simondon reacciona invirtiendo estratégicamente la prioridad lógica que guía un razonamiento semejante. Lo que propone, dicho brutalmente, es partir de la operación de individuación y no del principio de individuación. Más concretamente, busca “*conocer al individuo a través de la individuación antes que la individuación a partir del individuo*”.³ Ante todo, con esta inversión intenta demostrar que el individuo no es una realidad dada de la que el pensamiento debe partir como si se tratara de una evidencia, sino que es una “realidad relativa”. A lo largo de la historia de la filosofía, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, el individuo ha servido de “modelo del ser”. A contramano de esta tendencia mayoritaria en filosofía, Simondon ve en el individuo una “fase del ser”. Por lo que el individuo no es todo el ser sino un cierto “estado del ser”. Desde esta perspectiva, el ser existe por fases. Según la palabra elegida por Simondon, el ser es “polifásico”, lo que significa que tiene varias fases, las cuales se encuentran estrechamente relacionadas entre sí. A la capacidad del ser de repartirse en fases o de desfasarse respecto de sí mismo la denomina devenir. Por devenir no hay que entender aquí lo opuesto al ser. El devenir es una “dimensión del ser”.

La operación de individuación es consumación del devenir, es la operación por la cual el ser preindividual deviene individuo. El ser preindividual es, por decirlo así, el germen de toda individuación. La individuación, explica el autor, “debe ser considerada entonces como resolución parcial y relativa que se manifiesta en un sistema que contiene potenciales y encierra una cierta

² *Ibid.*, p. 23.

³ *Ibid.*, p. 26.

incompatibilidad en relación consigo mismo, incompatibilidad compuesta por fuerzas en tensión tanto como por la imposibilidad de una interacción entre términos extremos de las dimensiones”.⁴ La individuación es, pues, la operación gracias a la cual se puede conocer al individuo.

En su libro, Simondon se refiere a tres niveles diferenciados de individuación: el nivel de la individuación física, el nivel de la individuación de los seres vivientes y el nivel de la individuación psicosocial. A pesar de la importancia que tienen los tres niveles en el argumento del libro y de la profunda vinculación que guardan con los conceptos que aquí me interesa desarrollar, por razones de tiempo voy a limitarme a comentar rápidamente algunas particularidades del nivel psicosocial.

El autor dedica los dos últimos capítulos del libro a tratar la individuación psíquica y colectiva respectivamente. La noción de lo transindividual aparece en ese contexto para designar la “unidad sistemática” entre lo psíquico o interior y lo colectivo o exterior. Lo transindividual es precisamente la línea fronteriza entre lo psíquico y lo social. Propiamente hablando la realidad transindividual es psico-social. En palabras de Simondon opera según la lógica de “dos dialécticas conexas, una que interioriza lo exterior, la otra que exterioriza lo interior”. Lo transindividual se ubica al mismo tiempo en el interior y en el exterior de los individuos, afectándolos a todos y a cada uno, tanto separada como conjuntamente, y haciendo posible de este modo la existencia en común.

Simondon habla de una primera individuación, la individuación biológica a través de la cual se estructura el ser viviente, y de una segunda individuación, la individuación transindividual a través de la cual se estructura la vida psico-social. La segunda se superpone a la primera y la excede por completo. La individuación biológica, de la que resulta el individuo y el medio asociado, no consume la totalidad de los potenciales que contiene la realidad preindividual. Una vez concluida la primera individuación todavía existe en el individuo un resto no estructurado que será utilizado para la segunda individuación, es decir, para la individuación transindividual.

La individuación biológica, en el hombre, y quizás también en el animal, no resuelve enteramente las tensiones: deja la problemática aun subsistente, latente; decir que es la vida la que porta el espíritu no es expresarse de manera directa; pues la vida es una primera individuación; pero esa primera individuación no ha podido consumir y absorber todas las fuerzas; no ha resuelto todo; nosotros tenemos movimiento para ir siempre más lejos, dice

⁴ *Ibid.*

Malebranche; de hecho, tenemos tensión, potenciales para devenir otros, para recomenzar una individuación que no es destructora de la primera.⁵

Este resto no estructurado del que todo ser vivo es portador recibe aquí el nombre de naturaleza. Simondon equipara el sentido de su idea de naturaleza con el sentido de lo que los antiguos griegos llamaban *ápeiron*, esto es, lo que no tiene límites, lo que no tiene fin, lo que no tiene término. Esta carga de realidad preindividual —naturaleza o *ápeiron*— que el ser vivo lleva consigo, este residuo de potenciales aún no individuados, es lo que nos permite ir más lejos, devenir otros, recomenzar una individuación que va más allá de la vida biológica. La reserva de indeterminado que habita en todos y cada uno de los individuos vivientes es condición de posibilidad de la transindividualidad. La mera existencia de los individuos no garantiza lo colectivo transindividual (de hecho, Simondon describe ciertas formas de relaciones biológico-sociales que no necesitan ni acceden a una segunda individuación) pero sin la existencia de los individuos el universo transindividual no sería posible. “Lo transindividual”, escribe Simondon, “existe con el individuo, pero no es el individuo individuado. Existe con el individuo según una relación más primitiva que la pertenencia, la inherencia o la relación de exterioridad; por eso lo transindividual es contacto posible más allá de los límites del individuo”.⁶

En este sentido, se puede afirmar que la transindividualidad es *relación*. Ahora bien, del mismo modo que para hacerse una idea de lo que Simondon entiende por transindividualidad hubo que empezar por aclarar algunos de los términos asociados a este concepto, para hacerse una idea de lo que entiende por relación también habrá que hacer algunas precisiones terminológicas. Ante todo, es necesario reconocer el estatuto ciertamente privilegiado que tiene el concepto de relación en su teoría. Inversamente a lo que afirman o dejan suponer la gran mayoría de los discursos físicos y metafísicos desde Aristóteles en adelante, a saber, que la sustancia tiene primacía sobre la relación en la medida en que esta última es un accidente de aquella, para Simondon la relación posee “rango de ser”.

La relación es una modalidad del ser; es simultánea respecto a los términos cuya existencia asegura. Una relación debe ser captada como relación en el ser, relación del ser, manera

⁵ *Ibid.*, p. 450-451.

⁶ *Ibid.*, p. 452.

del ser y no simple relación entre dos términos a los que podríamos conocer adecuadamente mediante conceptos ya que tendrían una efectiva existencia separada. Es porque los términos son concebidos como sustancias que la relación es relación entre términos, y el ser es separado en términos porque es primitivamente, anteriormente a todo examen de individuación, concebido como sustancia.⁷

Así pensada, la relación ya no sería un vínculo entre términos que existirían con independencia y anterioridad a la relación misma. Por el contrario, lo que dice Simondon es que la relación es simultánea o contemporánea de los términos relacionados. Sólo si se deja de lado la idea de que los términos son sustancias, es decir, individuos ya constituidos, y que la relación es un simple accidente ocurrido a estos individuos, se puede comenzar a pensar la relación de un modo distinto al habitual. Sólo así “sería posible *considerar toda verdadera relación como teniendo rango de ser; y como desarrollándose al interior de una nueva individuación*”.

Al afirmar esto, Simondon no sólo viene a proponer una nueva concepción de la relación y del ser que pone en cuestión algunos de los principios fundamentales de la filosofía clásica, sino que abre posibilidades y desafíos en todas las áreas de la teoría y de la práctica donde se ponga a prueba este pensamiento. Esta noción de relación juega un papel decisivo en el desarrollo del argumento sobre la teoría de la individuación física, biológica y psicosocial. Si se pone el foco en esta última, vemos que Simondon se sirve de esta nueva noción, entre otras cosas, pero muy especialmente, para impugnar una de las oposiciones conceptuales más resonantes de la psicología y las ciencias sociales. Me refiero a la oposición entre individuo y sociedad. Desde su punto de vista, “individuo” y “sociedad” no son realidades sustanciales, vale decir, no son términos independientes uno de otro ni son anteriores a la pretendida relación de oposición que se afirma entre ellos. Más bien, dirá que la realidad puramente individual y la realidad puramente social son casos límite, casos extremos sin fundamento en la realidad y por medio de los cuales se evita pensar la llamada “zona oscura”, “zona operacional central” o “zona relacional” en donde tiene lugar la individuación.

Simondon critica firmemente tanto el sustancialismo psicológico, que consiste en afirmar la anterioridad lógica y cronológica del individuo respecto a la sociedad, como el sustancialismo sociológico, que consiste en afirmar una anterioridad idéntica pero en este caso de la sociedad respecto al individuo. “Es el ser como relación quien es primero y quien debe ser tomado como

⁷ *Ibid.*, p. 37.

principio; lo humano es social, psicosocial, psíquico, somático, sin que ninguno de estos aspectos pueda ser tomado como fundamental mientras que los demás serían juzgados como accesorios”.⁸ El ser entendido como sustancia es desplazado categóricamente por el ser entendido como relación. La crítica del sustancialismo que emprende el autor está motivada por los efectos de esta clase de pensamiento allí donde interviene. El sustancialismo, explica, hace de la actividad relacional algo segundo y accidental cuando en realidad se trata de lo primero y esencial.

El principal problema que identifica en el sustancialismo psicológico o molecular así como en el sustancialismo sociológico o molar es que a través de ellos no se puede conocer la “relación social”, puesto que relación social no se explica partiendo de alguno de los términos supuestamente pre-existentes sino que es contemporánea de los términos en cuestión. Para Simondon la relación es tan real como los términos, al punto que llega a decir que una relación equivale a un vínculo entre tres términos. Lo que de ningún modo quiere decir que la relación sea un tercer término o una tercera posición. La relación social, que no es individuo ni sociedad, no puede ni debe confundirse con una solución dialéctica a la consabida oposición entre lo psíquico y lo social. La propuesta microsociológica así como las macropsíquica son falsas soluciones a un falso problema. Lo interior y lo exterior, lo molecular y lo molar, lo psíquico y lo social, se oponen únicamente como casos límites sin anclaje en la realidad. La existencia es psico-social, es decir, transindividual: ni social ni individual, o ambas cosas al mismo tiempo. Justo antes de las conclusiones, en la frase final del último capítulo de *La individuación...*, se puede leer: “Lo social puro y lo individual puro existen por relación a la realidad transindividual, como términos extremos de toda la extensión de lo transindividual; lo individual y lo social no existen uno con relación al otro en calidad de términos antitéticos”.⁹

No hay duda, puesto que Simondon es lo suficientemente explícito al respecto, de que lo que se juega en la tesis sobre la individuación es la posibilidad de plantear una ontología o, si se prefiere, una ontogénesis, cuyo punto de partida no sea la sustancia sino la relación. Con todo, creo que sería un grave error considerar que esta tesis se dirige a un público especializado en estos temas y por ende sólo habría de interesar a quienes trabajan en el campo de la filosofía. Desde luego que para quienes estén familiarizados con los problemas, con la historia y con el lenguaje de la ontología el planteo general de Simondon resultará más accesible. Sin embargo, su apuesta es transdisciplinaria.

⁸ *Ibid.*, p. 441.

⁹ *Ibid.*, p. 470.

No sólo porque su teoría se nutre de disciplinas tan diversas como la física, la química, la biología, la ética o la estética, por sólo nombrar algunas, sino porque los postulados básicos de su tesis tienen amplias consecuencias teóricas y prácticas que exceden los saberes implicados en su discurso. Como se ha visto y como todavía podría argumentarse acudiendo a otros textos de su autoría y a otros conceptos que también le pertenecen pero que superan los límites de esta ponencia, las ciencias sociales no fueron ajenas a su interés ni a su proyecto teórico. Más bien todo lo contrario. Imaginar un nuevo punto de partida lógico y epistemológico para las ciencias sociales o humanas es una de las tareas más importantes que se propuso llevar a cabo Simondon, y, asimismo, una cuenta pendiente para nosotros.